

Prefacio

Aquellos que tienen un sentido histórico saben que muchos de los grandes proyectos políticos del mundo han surgido de periodos de conflicto seguidos de cooperación y de construcción de un consenso. Este fue ciertamente el caso del “proyecto europeo” y de su actual expresión: La Unión Europea. A veces, es necesario recurrir a la sabiduría de los estadistas más ancianos – cuyas vidas han estado marcadas por estas luchas y esfuerzos de cooperación – para que nos recuerden los orígenes de proyectos como éstos y su fragilidad.

En su discurso “Alemania en, con y para Europa”, el ex-Canciller alemán Helmut Schmidt presentó a su audiencia en el Congreso del SPD en 2011 una evaluación honesta y reflexiva del proyecto europeo y del lugar que ocupa Alemania en él. Evaluó las luchas entre el centro de Europa y la periferia desde la Edad Media y la particularidad de la posición geopolítica de Alemania en el centro de Europa. Recordó a los oyentes que las versiones de esta lucha entre centro y periferia, al comienzo del siglo XX, afectan todavía la manera en que muchos de los vecinos de Alemania la ven.

El Canciller Schmidt describe los esfuerzos durante las diferentes etapas de la integración europea para “fijar Alemania” a la alianza pacífica que puede ser benéfica tanto para Alemania como para sus vecinos. Yuxtapone estas preocupaciones europeas internas a los problemas del lugar de Europa en el mundo. El viejo continente “se encoge” demográfica y económicamente con respecto a las economías emergentes y se requiere urgentemente una acción común. No hacerlo por egoísmo nacional marginará toda Europa y perjudicará el lugar de Alemania en Europa.

El hecho de que el Canciller Schmidt haga hincapié en la continuidad a largo plazo y en la fiabilidad de la política europea de Alemania es importante. En este fecundo discurso, advierte a su auditorio que se debe ser sensible a las perspectivas de los otros estados miembros y al reconocimiento de la solidaridad que éstos manifestaron con respecto a Alemania durante el proceso de la unificación alemana.

Se contrasta la valentía pasada y la previsión con la actual crisis de liderazgo en Europa. Vemos pues una erosión de las normas democráticas y la impunidad de un sector financiero que toma como rehenes a los gobiernos electos y crea una brecha entre los ciudadanos y sus instituciones representativas.

Es, sobre todo, un discurso importante y visionario porque desafía a su auditorio. Reta a los líderes alemanes para reconozcan su lugar en el proyecto europeo y desafía a todos los europeos para que se unan de manera cooperativa y realista. Éstas son las palabras de un viejo hombre de estado que ha vivido a través de conflictos; el largo y difícil camino de la integración; y el sendero que lleva a la paz y la prosperidad. En un momento de crisis, sus palabras nos deben recordar las horribles alternativas existentes.

En un momento en que Europa está dominada por líderes conservadores para los que prevalecen los intereses nacionales egoístas sobre el bien común, parece haber una incapacidad de ver más allá de las políticas a corto plazo de austeridad. El ex-Canciller Schmidt nos recuerda nuestro deber de solidaridad a través de una fuerte cooperación y una integración efectiva.

La Unión Europea es una entidad política única constituida de muchos estados-nación y con muchos idiomas. Aunque si este discurso fue pronunciado en alemán y proviene del centro de Europa, la FEPS desea ahora difundirlo en toda Europa y en la periferia. Por lo tanto, la Fundación ha tomado la iniciativa de dar a los pueblos de Europa una oportunidad de compartir las reflexiones del ex-Canciller Schmidt en sus propios idiomas.

Massimo D'Alema
Presidente de la FEPS
ex-Primer ministro de Italia

¡Por una Alemania integrada en una Europa involucrada en el mundo!

“Alemania en, con y para Europa”. Estas palabras resumen el gran discurso de Helmut Schmidt ante el congreso del SPD, en diciembre pasado, en el que explicó el deber fundamental que tiene hoy Alemania en Europa, como alemanes y más en particular como socialdemócratas. Dados los errores de la historia alemana, en reconocimiento de la solidaridad de nuestro asociado europeo, al que nosotros mismos hemos solicitado como alemanes, y conscientes de los intereses estratégicos de Alemania a largo plazo como potencia económica y política en el centro de Europa, no puede haber alternativa para una Alemania integrada y activamente involucrada en Europa. Esta responsabilidad europea incumbe particularmente a Alemania. Nuestro deber es asumirlo ahora por el bien y en interés de Alemania y Europa. Debemos también imponérselo como socialdemócratas alemanes.

Debida a la posición crucial de Alemania en Europa, parece absolutamente lógico que en la crisis actual Helmut Schmidt nos advierta también de una dominación alemana de la política europea y que reivindique más bien una acción solidaria en y por Europa. Y con razón, dado que Alemania debe combinar ahora más que nunca y con premura el liderazgo político en Europa, la colaboración entre los asociados y la responsabilidad solidaria por Europa. La alternativa sería un error que puede llevar al aislamiento de Alemania y a la división de Europa.

Pero no es sólo la responsabilidad individual de Alemania en la unificación de Europa que Helmut Schmidt pone brillantemente de manifiesto en su discurso. La asocia a la responsabilidad común de todos los estados europeos, que sólo pueden triunfar y afirmarse juntos en el mundo del siglo XXI. Europa, sólo unida, tendrá una oportunidad frente a la competencia mundial de ideas y valores, de política y de economía. Es incluso de esta unidad que nacerá el interés estratégico común a largo plazo de todos los europeos, en toda la Unión Europea. Helmut Schmidt afirma también que es importante

que Europa tenga una representación común de los intereses de los estados europeos, así como de los ciudadanos europeos del mundo de hoy y de mañana.

Esta representación debe ser operativa para ser eficaz. Debe también ser democrática para ser legítima. Se requieren entonces instituciones europeas fuertes y, en particular, un parlamento europeo poderoso que sepa hacerse escuchar y que tenga influencia para solucionar también, si fuere necesario, los desacuerdos políticos, como lo ha subrayado Helmut Schmidt en su discurso.

Agradezco profundamente a Helmut Schmidt este gran discurso particular sobre Alemania y Europa, discurso que vincula el pasado, el presente y el futuro, y que es entonces uno de los más actuales y pertinentes sobre la manera en que como alemanes y europeos deberíamos cuidar Europa y la Unión Europea; un discurso provocador y conmovedor que demostró con brillo los peligros del fracaso de la unificación europea, así como las oportunidades de su éxito; un discurso muy insistente y convincente, a través del que se expresa la riqueza de la experiencia personal y política, así como la autoridad moral e intelectual de un gran hombre de estado y de un gran europeo que sigue siendo socialdemócrata. Este discurso merece más de un día para llamar la atención y para tener efecto. Se trata de una advertencia y de una motivación dirigida a todos para preservar juntos, en un agrupamiento político europeo, la paz, la libertad y la prosperidad que nos unen en una Europa unificada.

Agradezco especialmente a la Fundación europea de estudios progresistas (FEPS) que ha hecho posible la traducción de este discurso en varios idiomas, así como la publicación de esta obra.

Sigmar Gabriel

Presidente del Partido socialdemócrata alemán

“Alemania en, con y para Europa”

Discurso del antiguo Canciller Federal
Helmut Schmidt

el 4 de diciembre de 2011
en la conferencia del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD)
en Berlín

¡Amigos, Señoras y Señores!

Permitidme comenzar con una nota personal. Cuando Sigmar Gabriel, Frank-Walter Steinmeier y mi partido me pidieron una vez más una contribución, recordé con placer que hace hoy 65 años, me arrodillé con mi esposa, Loki, sobre el suelo para hacer carteles de invitación para el SPD en el distrito de Neugraben, en Hamburgo. Pero debo admitir que a mi edad estoy ya más allá del bien y del mal con respecto a cualquier política de partido. Durante mucho tiempo, mis dos intereses principales han sido las tareas que conciernen este país y el papel que debe desempeñar en el ámbito crucial de la integración europea.

Me complace compartir esta tribuna con Jens Stoltenberg de Noruega que, en medio de la gran desgracia a que ha estado enfrentado su país, nos ha dado a nosotros y a todos los europeos un brillante ejemplo de liderazgo constante, constitucional, liberal y democrático.

Cuando se es tan viejo como yo, se tiene una tendencia natural a adoptar una perspectiva a largo plazo – hacia atrás en la historia y hacia delante en el futuro, en la que se ponen todas las esperanzas y aspiraciones. Dicho esto, sin embargo, me fue posible dar una respuesta directa a una pregunta muy sencilla que me hizo hace algunos días Wolfgang Thierse, quien me preguntó cuándo pensaba que Alemania sería finalmente un país normal. Respondí diciendo que Alemania no será un país ‘normal’ en el futuro previsible. La enorme y única carga de nuestra historia es estar en el camino hacia la normalidad. Un obstáculo suplementario es la posición central dominante que ocupa económica y demográficamente Alemania en medio de

nuestro muy pequeño continente, con su gran variedad de diferentes estados naciones.

Lo que me lleva al centro del asunto que deseo abordar: Alemania en, con y para Europa.

I. Motivos y orígenes de la integración europea

Aunque algunos de los 40 estados nacionales europeos (por ejemplo, Italia, Grecia y Alemania) se hayan retrasado en el desarrollo de la identidad nacional que tenemos hoy, ha habido una y otra vez sangrientas guerras en todo el continente. Visto desde Europa central, se puede considerar la historia del continente como una sucesión interminable de luchas entre la periferia y el centro y viceversa, entre el centro y la periferia. Sin embargo, el campo de batalla decisivo ha sido siempre el centro.

Cada vez que los gobernantes, estados o pueblos del centro de Europa han sido débiles, sus vecinos de la periferia han penetrado en el centro debilitado. Las mayores destrucciones y pérdidas de vidas humanas han ocurrido, en términos relativos, durante la primera Guerra de Treinta Años (1618–48), que tuvo lugar en mayor parte en el suelo alemán. En ese momento, Alemania era sólo un concepto geográfico, vagamente definido como el área en que se hablaba alemán. Los franceses llegaron en una fecha posterior, durante el reinado de Luis XIV y otra vez en tiempos de Napoleón. Los suecos no vinieron otra vez. Sin embargo, los británicos y los rusos vinieron varias veces; éstos últimos recientemente con Stalin.

Cuando las dinastías o los estados en el centro de Europa eran fuertes – o se sentían fuertes – se aventuraban, a su vez, en la periferia. Ese fue el caso de las Cruzadas, que fueron también campañas de conquista no sólo en Asia Menor y Jerusalén, sino también en el este de Prusia y los tres actuales países bálticos. En los tiempos modernos, éste fue el caso de la guerra contra Napoleón y de las tres guerras libradas por Bismarck en 1864, 1866 y 1870–1871.

Lo es también, sobre todo, de la segunda Guerra de los Treinta Años, de 1914 a 1945. Esto fue especialmente cierto para los avances de Hitler hasta el Cabo Norte, el Cáucaso, la isla griega de Creta, el

sur de Francia e incluso Tobruk cerca de la frontera entre Egipto y Libia. La catástrofe desatada por Alemania en Europa, que abarca el desastre que se abatió sobre los judíos europeos y la destrucción del estado-nación alemán.

Antes, sin embargo, los polacos, los países bálticos, los checos, los eslovacos, los austriacos, los húngaros, los eslovenos y los croatas habían compartido el destino de los alemanes en cuanto sufrieron durante siglos debido a su ubicación geopolítica en el centro de este pequeño continente, Europa. Dicho de otra manera, nosotros, alemanes hemos hecho sufrir frecuentemente a los demás a causa de nuestra posición de poder en el centro.

Hoy en día, las reclamaciones territoriales conflictivas y los litigios sobre lenguas y fronteras, que eran aún los aspectos cruciales de la identidad nacional durante la primera mitad del siglo XX, han de facto perdido en gran parte su significado, al menos para nosotros los alemanes. Mientras que el conocimiento y recuerdo de las guerras medievales se han desvanecido en gran medida en la opinión pública y en la opinión publicada en los países europeos, los recuerdos de las dos guerras mundiales del siglo XX y de la ocupación alemana seguirán teniendo un papel dominante subyacente.

Para nosotros, alemanes, me parece fundamental que casi todos los vecinos de Alemania (y prácticamente todos los judíos de todo el mundo) recuerden el Holocausto y los actos abominables que tuvieron lugar durante la ocupación alemana de los países de la periferia. No estamos suficientemente conscientes del hecho de que en casi todos nuestros países vecinos hay una sospecha latente contra los alemanes que probablemente persistirá aún durante muchas generaciones.

Las futuras generaciones de alemanes tendrán que vivir también con esa carga histórica. Y las generaciones actuales no deben olvidar que fue la sospecha contra Alemania y su desarrollo futuro, lo que allanó el camino para el inicio de la integración europea en 1950.

Churchill tenía en mente dos objetivos cuando, en su gran discurso de Zurich de 1946, instó a los franceses a vivir en buenos términos con los alemanes y a unirse a ellos en la creación de los Estados Unidos de Europa. Su primer objetivo era construir una defensa

común contra la amenaza que representaba la Unión Soviética, el segundo era integrar Alemania en una amplia alianza occidental. Churchill tenía una visión del futuro suficiente para prever que Alemania sería fuerte de nuevo.

Cuando Robert Schuman y Jean Monnet presentaron el Plan Schuman para una Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1950, cuatro años después del discurso de Churchill, lo hicieron por la misma razón: reintegrar Alemania. Diez años más tarde, el mismo motivo inspiró a Charles de Gaulle a estrechar la mano de la reconciliación a Konrad Adenauer.

Todos estos esfuerzos se basan en un conocimiento realista de la temida posibilidad de que Alemania recupere su fuerza en el futuro. No fue el idealismo de Víctor Hugo, quien llamó a la unificación de Europa en 1849, ni ninguna otra forma de idealismo que caracterizó la primera fase de la integración europea entre 1950 y 1952, que se limitó a Europa Occidental. Los principales estadistas de Europa y América en ese momento (George Marshall, Eisenhower y Kennedy, pero sobre todo Churchill, Jean Monnet, Adenauer y De Gaulle, junto con De Gasperi y Henri Spaak) estuvieron motivados no por cualquier forma de idealismo europeo, sino por su conocimiento de la historia europea. Sus acciones fueron inspiradas por una conciencia realista de la necesidad de impedir que continuara la lucha entre los estados en la periferia y Alemania en el centro. Una apreciación de esta motivación inicial para la integración europea – y sigue siendo hoy un elemento clave – es fundamental para resolver la extremadamente peligrosa crisis europea actual.

Cuanto más crecía la República Federal de Alemania en estatura económica, política y militar en el curso de la década de 1960, 1970 y 1980, más los líderes de Europa Occidental consideraban la integración europea como una garantía contra la posibilidad de que Alemania estuviera tentada nuevamente por el poder.

La resistencia inicial a la unificación de los dos estados alemanes de la posguerra de parte de Margaret Thatcher, François Mitterrand y Giulio Andreotti en 1989/90 fue impulsada claramente por la preocupación sobre una Alemania fuerte en el centro de este pequeño continente, Europa.

Permitidme hacer una digresión personal en este momento. Escuché a Jean Monnet, cuando participé en los trabajos de su Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa. Eso fue en 1955. Jean Monnet sigue siendo uno de los franceses que he conocido con más visión del futuro – en particular por su plan para un acercamiento gradual a la integración europea.

Desde entonces he apoyado la integración europea y la inclusión de Alemania en Europa, no por un motivo idealista cualquiera, sino por conciencia de los intereses estratégicos de la nación alemana. (Eso me llevó a una disputa con el presidente del partido, Kurt Schumacher, un hombre que tenía en gran estima.

Esto podía haber sido para él un asunto trivial, pero para mí, un ex soldado de que a 30 años regresó a su casa de la guerra, era algo muy serio). En la década de 1950, mi posición me llevó a apoyar los planes del entonces ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, Rapacki. A principios de 1960 escribí un libro criticando la estrategia oficial occidental de represalias nucleares que la OTAN utilizaba para amenazar a la Unión Soviética, una estrategia con la que seguimos hoy comprometidos.

II. La Unión Europea es necesaria

En la década de 1960 y principios de los años 1970, De Gaulle y Pompidou continuaron el proceso de integración europea – no porque querían atraer a su propio país, para bien o para mal, sino para vincular Alemania. Posteriormente, las buenas relaciones que tuvo Giscard d'Estaing dieron lugar a un periodo de cooperación franco-alemana y a la continuación de la integración europea; un periodo que reanudaron con éxito Mitterrand y Kohl después de la primavera de 1990. Entre 1950/52 y 1991, la Comunidad Europea creció poco a poco de seis a doce Estados Miembros.

Gracias a los amplios trabajos preparatorios realizados por Jacques Delors (en ese momento Presidente de la Comisión Europea), Mitterrand y Kohl fueron capaces de lanzar la moneda común (Euro), en Maastricht, en 1991 y que fue introducida diez años después, en 2001. Una vez más, la causa subyacente es la preocupación francesa

de una Alemania demasiado poderosa o, para ser más precisos, de un marco alemán muy poderoso.

Mientras tanto, el euro se ha convertido en la segunda moneda más importante de la economía mundial. Tanto al interno como al exterior, esta moneda europea ha sido hasta ahora más estable que el dólar estadounidense, y más estable que el marco alemán en los últimos diez años de su existencia. Todo lo que se ha escrito y dicho acerca de una supuesta “crisis del euro” es un disparate irresponsable de los medios de comunicación, de los periodistas y de los políticos.

El mundo ha cambiado muchísimo desde Maastricht en 1991/92. Hemos sido testigos de la liberación de los países de Europa Oriental y la implosión de la Unión Soviética. Hemos visto el crecimiento espectacular de China, India, Brasil y de otras economías “emergentes”, que a las que se solía hacer precipitadamente referencia como “Tercer Mundo”. Además, en la mayor parte del mundo, las economías reales se han “globalizado”. En otras palabras, casi todos los países del mundo dependen los unos de los otros. En particular, los actores de los mercados financieros globalizados han adquirido un poder que, por el momento, sigue siendo enteramente incontrolado.

Al mismo tiempo, la población mundial ha aumentado de manera casi inadvertida hasta siete mil millones. Cuando nací, había sólo dos mil millones de personas en el mundo. Todos estos grandes cambios tienen un enorme impacto en los pueblos de Europa, en sus países y en su prosperidad.

Por otra parte, todos los países europeos envejecen y sus poblaciones se reducen. Es probable que a mediados del siglo XXI haya nueve mil millones de personas en el planeta. Las naciones europeas juntas contarán con apenas el siete por ciento de la población mundial. ¡Siete por ciento de los nueve mil millones! Durante más de dos siglos (hasta 1950) los europeos representaban más del veinte por ciento de la población mundial. Pero durante los últimos cincuenta años, el número de europeos ha disminuido, no sólo en cifras absolutas, sino también, y sobre todo, en comparación con Asia, África y América Latina. Del mismo modo, se reduce la participación de los europeos en el producto nacional global, es decir, en el valor añadido de la población mundial. En el 2050, éste será alrededor de un diez

por ciento, mientras que en 1950 todavía estaba en torno al treinta por ciento.

En 2050, cada una de las naciones europeas representará sólo una fracción del uno por ciento de la población mundial. En otras palabras, si valoramos la idea de que los europeos son importantes para el mundo, tenemos que actuar al unísono. Como estados individuales – Francia, Italia, Alemania, Polonia, Holanda, Dinamarca o Grecia – no se nos medirá en última instancia en porcentajes sino en partes por mil.

Es por ello que los estados-nación europeos tienen un interés estratégico a largo plazo de integración mutua. Este interés estratégico de integración europea será cada vez mayor. Hasta el momento, en su mayoría, los países desconocen este hecho. Sus gobiernos no han logrado aclararlo.

Si la Unión Europea no garantiza su capacidad para adoptar acciones comunes en las próximas décadas, aunque sean limitadas, no se puede descartar una exclusión autoinfligida de los países europeos y de la civilización europea. Si esto ocurre, no debe excluirse un renacimiento de la competencia y de luchas por el prestigio entre los países de Europa. Si éste fuera el caso, no podrá continuar la integración de Alemania. Se puede reanudar el viejo juego entre el centro y la periferia.

El proceso de iluminación global, la difusión de los derechos humanos y la dignidad humana, así como el gobierno constitucional y democrático ya no reciben ningún impulso efectivo desde Europa. Teniendo en cuenta estos aspectos, la Comunidad Europea surge como una necesidad vital para los estados-nación de nuestro viejo continente. Esta necesidad va más allá de los motivos que inspiraron a Churchill y De Gaulle. Va más allá de los motivos demostrados por Monnet y Adenauer. Hoy en día, también inspiran los motivos de Ernst Reuter, Fritz Erler, Willy Brandt y Helmut Kohl.

Agregaría que una de las cuestiones en juego aquí es todavía, sin duda, vincular Alemania. Por eso nosotros, alemanes, debemos ser muy claros en nuestras ideas acerca de las tareas que tenemos que abordar y de nuestro propio papel en el contexto de integración europea.

III. Alemania necesita continuidad y fiabilidad

Si, a finales de 2011, vemos Alemania desde el exterior a través de los ojos de nuestros vecinos cercanos y más lejanos, es evidente que en los últimos años este país ha sido un motivo de inquietud y, más recientemente, de preocupación política. En el pasado inmediato, han surgido serias dudas sobre la continuidad de la política alemana. Se ha degradado la confianza depositada en la fiabilidad de la política alemana.

Por una parte, estas dudas y preocupaciones son el resultado de errores en la política exterior de los políticos alemanes y de los diferentes gobiernos. Por otra parte, tienen que ver con la fuerza económica de nuestro país después de su reunificación, lo que tomó al mundo por sorpresa. Desde la década de 1970, cuando Alemania estaba aún dividida, nuestra economía se ha convertido en la mayor de Europa. En términos tecnológicos, financieros y sociales es una de las economías más productivas del mundo. La fuerza económica y la paz social de que hemos disfrutado desde hace décadas y que en términos comparativos es muy estable, han provocado la envidia, sobre todo porque nuestra tasa de desempleo y nuestro coeficiente de endeudamiento se encuentran dentro de la norma internacional.

Sin embargo, no nos hemos dado realmente cuenta que nuestra economía no sólo está estrechamente integrada en el mercado europeo, sino que también es altamente globalizada, lo que significa que depende de las condiciones del mercado global. El año próximo, por lo tanto, las exportaciones alemanas no crecerán mucho.

Además, ha habido un desarrollo muy indeseable en forma de persistencia de elevados superávits en nuestras balanzas comercial y de pagos. Desde hace años, los excedentes se han situado alrededor del cinco por ciento de nuestro producto nacional. Corresponden más o menos al tamaño de los excedentes de China. No somos conscientes de la realidad, porque los excedentes ya no están expresados en marcos alemanes, pero en euros. Sin embargo, nuestros políticos tienen que tomar en cuenta que en realidad todos nuestros excedentes son los déficits de otros países. Los créditos por cobrar que tienen donde otros son sus deudas. Se trata de una violación

molesta de la balanza externa que elevamos una vez a la categoría de un ideal jurídico. Se trata de una violación que debe preocupar a nuestros asociados. Recientemente, se han levantado voces en el extranjero – en su mayoría en Estados Unidos, aunque en el mientras tanto han venido también de todas partes – que instan a Alemania a tener un papel de líder en Europa. Todos estos factores juntos han despertado más sospechas entre los vecinos. Y han hecho revivir también recuerdos desagradables.

Estos desarrollos económicos y las crisis simultáneas en la capacidad de las instituciones de la Unión Europea de adoptar medidas han obligado Alemania a tener nuevamente un papel clave. La Canciller ha aceptado de buen grado este papel junto al presidente francés. Sin embargo, en muchas capitales europeas y en los medios de comunicación de muchos de nuestros países vecinos, hay una vez más una creciente preocupación por la dominación alemana. Esta vez la cuestión en juego no es un poder central que es muy fuerte en términos militares y políticos, sino un centro que es sumamente poderoso en términos económicos.

A este punto, es el momento de lanzar una advertencia seria, considerada cuidadosamente a los políticos alemanes, los medios de comunicación y al público en general.

Si nosotros, alemanes con nuestra fuerza económica, estuviéramos tentados de reclamar un liderazgo político en Europa o por lo menos de tener papel de primus inter pares, una creciente mayoría de nuestros vecinos expresarán una resistencia efectiva. La preocupación entre los estados de la periferia por un centro de Europa demasiado fuerte puede regresar muy rápidamente. Las posibles consecuencias de tal situación paralizarán la UE y Alemania puede quedar aislada.

La República Federal de Alemania es un país muy grande con una economía muy competitiva que debe ser integrado en Europa, entre otras cosas, para protegerlo de sí mismo. Por lo tanto, desde 1992 (desde los tiempos de Helmut Kohl), el artículo 23 de la Ley Fundamental nos ha obligado a cooperar “... en el desarrollo de la Unión Europea”. El artículo 23 también nos obliga, como un elemento de esta cooperación, a escuchar “el principio de subsidiariedad”. La crisis

actual que afecta la capacidad de las instituciones de la UE de tomar medidas no cambia de manera alguna estos principios.

Dada nuestra ubicación central geopolítica, el desafortunado papel que tuvimos en la historia europea hasta mediados del siglo XX y la fuerte economía que tenemos hoy, cada gobierno alemán está llamado a mostrar la mayor sensibilidad hacia los intereses de nuestros asociados en la Unión Europea. Y nuestra voluntad de ayudar es indispensable.

La gran obra de reconstrucción que los alemanes han llevado a cabo durante los últimos sesenta años no ha sido exclusivamente el resultado de nuestros propios esfuerzos. Hubiera sido imposible sin la ayuda de las potencias occidentales victoriosas, sin nuestra integración en la Comunidad Europea y en la Alianza Atlántica, sin la ayuda de nuestros vecinos, sin que el despertar político de Europa Central y Oriental, y sin el fin de la dictadura comunista. Nosotros, alemanes, tenemos muchas razones para estar agradecidos. Al mismo tiempo, tenemos el deber de probar que somos dignos de la solidaridad que hemos recibido mediante el ejercicio de nuestra solidaridad con nosotros nuestros vecinos.

Por el contrario, sería vano (y probablemente incluso perjudicial) esforzarnos por obtener un prestigio político mundial y un papel propio en la arena política internacional. En todo caso, es crucial que mantengamos nuestra estrecha colaboración con Francia y Polonia y con todos nuestros vecinos y asociados en Europa.

Creo firmemente que es de cardinal importancia para nuestros intereses estratégicos a largo plazo que Alemania no se aísle ni se dejarse aislar. Un aislamiento en el Oeste puede ser peligroso. Un aislamiento en la Unión Europea o en la zona del euro es extremadamente peligroso. Para mí, este interés particular de Alemania es altamente prioritario, mucho más que cualquier interés táctico de los partidos políticos de cualquier tinte.

Los políticos y los medios de comunicación alemanes saben muy bien que tienen el deber de transmitir constantemente este mensaje al público en general.

Ahora bien, puede ser el caso, como ha ocurrido recientemente, que alguien afirme que desde ahora Europa hablará alemán, que un

ministro de asuntos exteriores alemán considere que las apariciones telegénicas en Trípoli, El Cairo o Kabul son más importantes que los contactos políticos con Lisboa, Madrid y Varsovia o Praga, Dublín, La Haya, Copenhague y Helsinki; que alguien se sienta obligado a impedir una unión de transferencia europea. Que esto es nada más y nada menos que pretencioso, arrogante y perjudicial para comenzar.

Es un hecho que, desde hace décadas, Alemania ha sido un contribuyente neto. Pudimos darnos el lujo de tener ese papel en el tiempo de Adenauer y hemos seguido teniéndolo desde entonces. Y, por supuesto, Grecia, Portugal e Irlanda han sido siempre los beneficiarios netos.

Puede ser que en Alemania la clase política de hoy no sea suficientemente consciente de esta solidaridad. Sin embargo, hasta ahora era de una cuestión de tiempo. Lo mismo puede decirse del principio de subsidiariedad: lo que un país no puede regular o administrar por sí mismo, debe ser tratado por la Unión Europea. Este principio está plasmado en el Tratado de Lisboa como una obligación.

A raíz del Plan Schuman, Konrad Adenauer (guiado por su instinto político correcto y enfrente con la oposición de Kurt Schumacher y, más tarde, de Ludwig Erhard) aceptó las ofertas de los franceses. Aunque Alemania todavía estaba entonces dividida, Adenauer tenía razón en su evaluación a largo plazo de los intereses estratégicos de Alemania. Todos los sucesores de Adenauer (Brandt, Schmidt, Kohl y Schröder) continuaron su política de integración.

Las tácticas de política interior y exterior, a corto plazo, nunca han puesto en tela de juicio los intereses estratégicos alemanes a largo plazo. Por lo tanto, durante décadas, todos nuestros vecinos y asociados han sido capaces de confiar en la continuidad de la política europea de Alemania, independientemente de cualquier cambio de gobierno. Es esencial que esta continuidad se mantenga en el futuro.

IV. La situación actual de la UE exige una acción enérgica

Los aportes conceptuales de Alemania siempre han sido evidentes. Las cosas deben continuar así en el futuro. Sin embargo, no debemos tratar de anticipar el futuro lejano. Los hechos, omisiones y errores

de Maastricht hace veinte años sólo pueden ser solucionados parcialmente mediante cambios en el tratado. Las actuales propuestas de modificación del actual Tratado de Lisboa no me parecen muy útiles para el futuro inmediato, dadas las dificultades que hemos tenido hasta ahora con la ratificación por parte de todos los estados y los resultados negativos de los referendos.

Por consiguiente, de acuerdo con el presidente italiano, Napolitano, que en un discurso notable de finales de octubre nos instó a concentrarnos en lo que hay que hacer ahora. Y que debemos aprovechar las oportunidades ofrecidas por el actual Tratado de la UE, especialmente en lo que respecta al endurecimiento de las normas presupuestarias y al fortalecimiento de la política económica en la zona del euro.

No se debe permitir que la crisis actual que afecta la capacidad de actuar de las instituciones de la Unión Europea, establecidas en Lisboa, dure años. Con la excepción del Banco Central Europeo, las instituciones (Parlamento Europeo, Consejo Europeo, Comisión de Bruselas y los consejos de ministros) han proporcionado una asistencia valiosa y efectiva después de la resolución de la grave crisis bancaria de 2008 y especialmente desde la posterior crisis de la deuda soberana.

No existe una panacea para superar la actual crisis de liderazgo de la UE. Se deberá dar varios pasos, algunos simultáneos, otros consecutivos. Esto requerirá no sólo una capacidad de juicio y de toma de decisiones, sino también paciencia. En esta situación, los aportes conceptuales de Alemania no deben limitarse a lemas. No deben ser difundidos por televisión sino discutidos de manera confidencial en comités creados por las instituciones de la UE. En esta discusión, nosotros, alemanes, debemos abstenernos de celebrar nuestro sistema económico y social, nuestro sistema federal o nuestro sistema financiero y presupuestario como modelos o estándares para emular nuestros asociados europeos. En cambio, debemos presentarlos sólo como una opción entre muchas otras.

Todos tenemos la responsabilidad común de lo que Alemania haga o no ahora y de las futuras consecuencias que esto tendrá para Europa. Por lo tanto, necesitamos un sentido común europeo. Sin

embargo, además de este sentido común debemos tener un corazón compasivo para nuestros vecinos y asociados.

En un punto importante estoy de acuerdo con Jürgen Habermas, quien recientemente dijo que – y cito – “... por primera vez en la historia de la UE observamos un real debilitamiento de la democracia” (fin de la cita). De hecho, no sólo el Consejo Europeo y su presidente, sino también a la Comisión Europea y su presidente, así como los diferentes Consejos de Ministros y toda la burocracia de Bruselas han dejado de lado la democracia. En el momento en que introdujimos las elecciones generales al Parlamento Europeo, sucumbí a la ilusión de que éste ejercería su propia influencia política. Sin embargo, en realidad, no ha logrado hasta ahora ninguna influencia perceptible en la gestión de la crisis, dado que las consultas y decisiones no han tenido impacto público alguno.

Permitidme entonces hacer el siguiente llamamiento a Martin Schulz. Ya es hora de que usted y sus colegas parlamentarios (demócratas cristianos, socialistas, liberales y verdes) actúen al unísono para hacer oír sus voces en público y sin tonos de incertidumbre. El mejor campo para el Parlamento Europeo ejercite sus músculos es probablemente la supervisión de los bancos, las bolsas de valores y sus instrumentos financieros, en el que se ha sido totalmente insatisfactorio desde la reunión del G20 en 2008.

No sé cuántos miles de operadores financieros en EE.UU. y Europa, además de un número de agencias de calificación, han logrado convertir en rehenes, en Europa, a los gobiernos responsables políticamente. Es muy poco probable que Barack Obama haga mucho al respecto. Lo mismo vale para el gobierno británico. En 2008/2009, los gobiernos de todo el mundo lograron rescatar los bancos con la ayuda de las garantías y el dinero de los contribuyentes. Sin embargo, desde 2010, esta manada de directores financieros, muy inteligente y con tendencia a psicosis ha vuelto a su viejo juego de beneficios y bonificaciones. El suyo es un juego de azar en detrimento de todos los no-jugadores, que Marion Dönhoff y yo hemos ya criticado como extremadamente peligroso en los años 1990.

Si nadie más está dispuesto a actuar, los miembros de la zona del euro deben hacerlo. Se puede utilizar el artículo 20 del Tratado

de Lisboa de la UE, en el que existe una disposición expresa para que uno o varios Estados miembros de la UE ... “Establezcan una cooperación reforzada entre sí”. En todo caso, los miembros de la unión monetaria del euro deben trabajar juntos para adoptar una reglamentación radical del mercado financiero común en la zona del euro. Estas normas deben cubrir la separación de los bancos comerciales tradicionales con respecto a los bancos de inversión y ocultos, la prohibición de la venta al descubierto de valores en una fecha futura, una prohibición sobre el comercio de derivados, a menos que hayan sido aprobados por el órgano de supervisión de valores de cambio oficial y la limitación efectiva de las transacciones que afecten la zona del euro llevadas a cabo por las agencias de calificación actualmente no supervisadas. No voy a aburrir con más detalles.

Naturalmente, el lobby bancario globalizado puede mover nuevamente cielo y tierra para evitarlo. Después de todo, se ha opuesto a todas las normas de largo alcance introducidas hasta ahora. Se ha concebido deliberadamente una situación en la banda de comerciantes ha puesto a los gobiernos europeos en la difícil situación de tener que inventar constantemente nuevos “mecanismos de rescate” – y ampliarlos mediante “apalancamiento”. Ya es hora de hacer algo al respecto. Si los europeos tienen el coraje y la fuerza de introducir una regulación radical del mercado financiero, tenemos la posibilidad de convertirnos en una zona de estabilidad a mediano plazo. Pero si fracasamos, la influencia de Europa seguirá disminuyendo – y el mundo se mueve hacia un duunvirato de Washington y Pekín.

Todas las medidas previstas y anunciadas hasta ahora, sin duda, serán necesarias en el futuro inmediato en la zona del euro. Entre éstas, el fondo de rescate, el los ratio de apalancamiento y los mecanismos de control necesarios, una política fiscal y económica común, así como una serie de reformas fiscales, de gastos, sociales y del mercado laboral en los distintos países. Igualmente, una deuda común será inevitable. Nosotros, alemanes, no debemos negarnos a aceptar esto por razones nacionales egoístas.

También debemos evitar defender una política extrema de deflación para toda Europa. Por el contrario, Jacques Delors tiene mucha razón al insistir en que un equilibrio de los presupuestos debe estar

acompañado de la introducción y la financiación de proyectos que fomenten el crecimiento. Ningún país puede consolidar su presupuesto sin crecimiento y sin nuevos puestos de trabajo. Aquellos que creen que Europa puede recuperarse sólo gracias a economías presupuestarias deberían dar un vistazo de cerca al efecto fatal de la política deflacionista de Heinrich Brüning en 1930–1932. Ésta provocó una depresión e intolerables niveles de desempleo, que allanaron el camino hacia la desaparición de la primera democracia alemana.

V. A mis amigos

En conclusión, amigos míos, dejadme decir que en realidad no es necesario predicar la solidaridad internacional a los socialdemócratas. Durante un siglo y medio, los socialdemócratas alemanes han sido internacionalistas en un grado mucho mayor que generaciones de liberales, conservadores o nacionalistas alemanes. Nosotros, socialdemócratas, hemos apoyado la causa de la libertad y de la dignidad humana. Nos hemos mantenido unidos a la democracia parlamentaria representativa. Estos valores fundamentales han marcado nuestro deber de ejercer hoy la solidaridad europea.

Sin duda, en Europa, en el siglo XXI, constará aún de estados nacionales, cada uno con su propio idioma e historia. Por esta razón, Europa no será definitivamente un estado federal. Sin embargo, la Unión Europea no puede permitirse el lujo de degenerar en una mera confederación. La Unión Europea debe seguir siendo una alianza dinámica y desarrollada, sin hay paralelo en toda la historia de la humanidad. Nosotros, socialdemócratas, debemos contribuir a la evolución gradual de esta alianza.

Entre más viejo se es, más se tiende a adoptar una perspectiva a largo plazo. Como viejo todavía me apego a los tres valores fundamentales del Programa de Godesberg: libertad, justicia y solidaridad. Creo que hoy en día se requiere justicia, en particular, oportunidades iguales para los niños, los escolares y los jóvenes en general.

Cuando se mira hacia atrás, hacia el año 1945 o 1933 (tenía apenas catorce años), me parece casi increíble el progreso que se ha logrado, mientras tanto: los europeos han hecho progresos desde el Plan

Marshall de 1948 y el Plan Schuman de 1950, el progreso se lo debemos a Lech Walesa y Solidarność, a Vaclav Havel y a la Carta de los 77 y a los alemanes de Leipzig y de Berlín Oriental y a los importantes cambios políticos de 1989–1991.

Hoy, la mayor parte de Europa goza de los derechos humanos y la paz. Eso es algo que nunca se hubiera podido imaginar en 1918, 1933 o 1945. Esforcémonos, por lo tanto, para que la Unión Europea, caso único en la historia, supere firme y con confianza en sí misma su actual período de debilidad.